

de todas las grandes ciudades del alto Rin y de Suiza al dominio territorial de los Habsburgo.

Con estas características —los ejemplos podrían multiplicarse— se manifiesta siempre lo mismo: los príncipes tienen interés solamente en sus asuntos particulares y para su beneficio personal; la colectividad y su bienestar nada valen para ellos. Reich y rey son para ellos: o bien un apoyo que puede ser utilizado para los propios fines o bien un adversario, al que se debe combatir. Servirles o sacrificarse por ellos, es una frase vacía que, en la práctica, no se toma en serio.

Pero nada sería más absurdo ni más injusto que hacer este reproche solamente a los príncipes. En cierto sentido pueden ser disculpados, por cuanto, como gobernantes de su propio estado, estaban comprometidos en primer lugar con éste y debían velar por los intereses del mismo. No podían alegar igual disculpa las clases sociales de los territorios cuando negaron obstinadamente al príncipe los recursos para realizar su política. No tenían motivo para dispensar mayores consideraciones y pensaban en el Reich y en la nación mucho menos que su señor territorial; simplemente, no querían pagar nada ni dar nada para el príncipe ni para el emperador.

A veces, se ha creído que se podía exceptuar de este juicio a un grupo de la población: las ciudades. Se ha pensado seriamente que en ciertos momentos hubiera sido posible que el rey, apoyado por las ciudades, quebrara el egoísmo de los príncipes y volviera a ser el soberano del Reich. En la población de las ciudades se quiso ver a los sostenedores del pensamiento imperial y unitario, frente a los príncipes, que encarnaban el particularismo de las divisiones territoriales. Extraña ocurrencia, que nos pone en guardia contra los errores en que pueden caer los his-

toriadores, cuando ceden al influjo de las opiniones políticas del día. Fué precisamente lo que se creyó por el año 70 del siglo pasado, en los días en que la burguesía liberal de Alemania se imaginó que había creado el nuevo Reich alemán, y que ejercía su gobierno bajo Bismarck. Lo que, según se decía, había realizado la burguesía del siglo XIX —así se expresaba la vanidosa opinión—, podría haberlo hecho ya en los siglos XIII y XIV; hubiera bastado que el rey, como un Bismarck de su época, se hubiese puesto a la cabeza de la unión nacional de entonces.

En verdad, la burguesía de las ciudades estaba tan poco capacitada para ese cometido como cualquier otra clase social. ¿Qué era, pues, entonces, la ciudad alemana y a qué aspiraba?

La ascensión de las ciudades hacia la potencialidad económica y política coincide con la disolución del Reich y se desarrolla, desde un principio, en oposición al principado territorial. Por derecho, cada ciudad pertenece al dueño del territorio donde está situada; depende de quien domine ese territorio, esa región; no es libre ni independiente. Pero una cantidad de ciudades pudieron libertarse de la soberanía del señor territorial cuando éste era demasiado débil para sostener su propio derecho. Hay ciudades "libres"; Augsburgo, Estrasburgo, Basilea; por períodos también Colonia, Maguncia y otras. Un segundo grupo de ellas, el mayor, logró cierta libertad, por haber sido edificadas en suelo del Reich, sobre el antiguo patrimonio del rey; el Reich había perdido la fuerza para dominarlas y se contentó con imponerles gabelas. Entre ellas figuran grandes localidades como Nuremberg, Francfort, Ulm, pero también existen muchas pequeñas y hasta pequeñísimas: Friedberg, Wetzlar, Reutlingen, Dinkelsbuehl, Rothenburg y muchas otras. Ambos grupos tienen de co-

mún la voluntad de conservar su independencia: no quieren convertirse en ciudades territoriales; no quieren desmedrar en territorio de un príncipe vecino. Finalidad muy negativa, por cierto, y particularismo más craso todavía que el de los príncipes. Si estas ciudades reclamaban su relación directa con el Reich, si afirmaban constantemente a grandes voces que pertenecían a él y que su voluntad era la de permanecer dentro del mismo, se trataba solamente de la fórmula con que podían expresar, de la mejor manera, su aspiración particular, estrechamente egoísta. Ni en sueños estos honestos ciudadanos pensaban en hacer algún sacrificio por el Reich. Si pagaban al rey sus impuestos y compraban además, ocasionalmente, su favor con regalos extraordinarios, no lo hacían para servir al Reich sino porque el príncipe vecino, del que temían ser víctimas, hubiera pedido mucho más. ¿Y qué beneficio recibía el Reich, qué servicio se hacía a la nación con que Reutlingen siguiera siendo una ciudad suya o libre y no pasara a ser propiedad de Württemberg? Es exactamente lo que Sciller hace decir en "Guillermo Tell" al primer confederado: "Se quiere al emperador como soberano, para no tener soberano". El patriotismo servía en este caso como hoja de parra del más vil particularismo.

Aparte de su propia independencia, estas ciudades no conocen más que un fin: sus propios negocios. Exigen que el comercio tenga seguras y libres sus vías, y, puesto que los príncipes cierran esas vías por tierra y agua con sus aduanas, y los caballeros como salteadores de caminos, las hacen inseguras, son enemigas de ambos y piden protección al rey y al Reich.

Por eso también se unen para la defensa común y recíproca cuando fallan rey y Reich. Esas ligas de ciudades, que aparecen desde la primera mitad del siglo

XIII (una de ellas, la Unión Renana de 1254, ganó por breve tiempo vasta extensión y cierta importancia), han inducido en error a los historiadores burgueses y liberales del 70 y 80, víctimas de prejuicios políticos. El carácter aparentemente grandioso de esas ligas —más allá de los límites territoriales, hasta grandes distancias— puede dar la impresión de que en ellas residió un germen de unión nacional, aunque sólo por intereses egoístas, germen que hubiera bastado desarrollar. Esto se repitió cuando, desde el año 1376, las ciudades libres de Suabia y después en 1381 las ciudades libres del alto Rin, se unieron entre sí y por fin ambos grupos se fusionaron, para la protección de sus derechos y necesidades, contra los príncipes. Se llegó en esta pugna hasta la guerra (1388-89), en la que midieron sus fuerzas las ciudades y los príncipes del sur de Alemania, divididos en dos grandes coaliciones; las ciudades fueron vencidas (en agosto y noviembre del año 1388) en dos batallas decisivas, en Doeffingen por Everardo de Württemberg, en Worms por el conde palatino Ruperto.

Se ha lamentado esta derrota de las ciudades y se ha descrito todo lo que hubiera podido acontecer si hubiesen vencido y, como vencedoras, se hubiesen puesto a disposición del rey por encima del particularismo de los príncipes. Se omitió preguntar si esto era ante todo, posible, y si las ciudades querían o podían querer algo semejante. En realidad, no cabía pensar en parecida cosa. Una victoria de las ciudades suabas y renanas en el año 1389 no hubiera podido revolucionar fundamentalmente la constitución del Reich. Los príncipes del sur eran aún demasiado fuertes, y no hay que hablar de la Alemania del norte, donde dominaban indiscutiblemente todo el campo. Las ciudades, pues, no podían pensar de ningún modo en una reforma del Reich en sentido unitario, aunque hubieran

querido algo parecido. Pero ni lo querían. Una aspiración tan alta sobrepasaba de lejos su horizonte, que era mucho más estrecho que el de los príncipes. Lo que les importaba exclusivamente era mantener, como lograron aún sin la victoria, su situación particular frente a los príncipes y la mayor libertad de tráfico.

Sin embargo desde los días de Doeffingen y Worms, el poder de las ciudades se tornó cada vez más liviano. Una gran cantidad de ellas, hasta entonces libres, perdieron su libertad desde mediados del siglo XV y tuvieron que aceptar la soberanía de los príncipes. Quedaron libres solamente unas pocas de las grandes —Regensburg, Nuremberg, Augsburgo, Ulm, Basilea, Estrasburgo, Francfort, Colonia— y la masa de las pequeñas de Suabia y de Veteravia, que no tenían mucha importancia. En general, Alemania se convirtió en la tierra de los príncipes; ni conquistaron las ciudades respecto a ellos la igualdad jurídica. En la Dieta del imperio, donde ocasionalmente aparecen ya en el siglo XIV y desde el siglo XV más a menudo y al final normalmente, no se les pide de ninguna manera su opinión, sino, en general, cuando electores y príncipes no pueden llegar a un acuerdo.

No tendría justificación insistir tanto sobre estas circunstancias, si se tratara solamente de combatir un error de los historiadores más recientes, que la ciencia ha descartado hoy, aun cuando aquí y allá vuelva a aparecer de vez en cuando. En realidad, se trata de algo más importante. La posición que asumen en nuestra historia las ciudades y la burguesía es algo particular para Alemania, una extraña particularidad, que no se presenta en ninguna otra nación. En la historia francesa, las ciudades generalmente significan muy poco o nada hasta la revolución del año 1789. París, la capital, con su situación totalmente especial y única, constituye, ocasionalmente, una excepción, pero

también sólo en forma transitoria. En Inglaterra el caso se acentúa más todavía. Hasta el final del siglo XVIII las ciudades no representan ningún papel. La misma ciudad de Londres, que goza de una situación excepcional, no tiene, sin embargo, influencia por si misma. En ambos países, la historia está dominada y escrita enteramente por la nobleza, hasta los umbrales del siglo XIX. En Francia la burguesía ha conquistado el dominio y la nobleza ha sido desplazada después de 1789; en Inglaterra, desde hace aproximadamente un siglo, ha ganado cada vez más en importancia, pero, en gran parte, marcha todavía del brazo de la nobleza, cuando no simplemente a la zaga de la misma.

Distinta por completo ha sido la evolución en Italia. En ella, las ciudades, desde muy temprano, en los siglos XI y XII, tienen una preponderancia que aumenta de generación en generación. Hacen a un lado a la nobleza —y también a los eclesiásticos— y asumen esencialmente la dirección de la vida nacional. En las ciudades se origina también la formación de los estados. Sólo en el sur, el reino de Sicilia-Nápoles, y, en el extremo norte, Piamonte, constituyen una excepción. Allí la nobleza dominante es la aristocracia y, en consecuencia, el estado es feudal y agrario. En el resto de Italia la ciudad es universalmente el núcleo soberano del estado territorial. Basta escribir sus nombres para comprobarlo: Milán es Lombardía; Venecia no es solamente una ciudad sino todo un estado; Florencia es Toscana; la capital da su nombre al estado, como le ha dado la vida. En consecuencia, la clase burguesa predomina sobre todas las demás. La misma nobleza de hoy ha salido en un noventa por ciento de la burguesía.

En Francia e Inglaterra, el territorio domina a la ciudad; en Italia, ésta ha subyugado a aquél. Alemania se

halla en el justo medio. En ella, los príncipes, que representan y dirigen a la nobleza, no lograron incorporar totalmente las ciudades a su estado territorial; y menos aún pudieron pensar las ciudades en someter a los estados de los príncipes. Por eso coexisten nobleza y burguesía, no como factores de igual derecho total ni de igual fuerza, sino cada uno a su manera, aislado, distinto del otro y pre-ocupado frente al mismo por su independencia.

Puede verse en ello una ventaja, en cuanto la vida interna de la nación experimenta de este modo un enriquecimiento. Pero queda en pie la duda de si las desventajas no son aún mayores. Desde el punto de vista de la unidad nacional y de la fusión de todas las fuerzas, no fué, en modo alguno, una ventaja, ya que a la par del desmenuzamiento creado por la formación de los estados territoriales, surgió también la nítida separación social que opuso la burguesía como independiente y adversa a la nobleza.

En efecto, aristocracia y burguesía, en Alemania, son enemigas, en una medida que en otros países se desconoce en absoluto. Hoy todavía. Es ésta una antigua herencia; se funda en la oposición existente, desde los más lejanos siglos de la Edad Media, entre ciudad y estado: burguesía por un lado, príncipes, señores y caballeros por el otro; de tiempo en tiempo, en ciertos lugares la oposición se convirtió en odio enconado. En el odioso ensañamiento con que se enfrenta hoy el burgués democrático al "barón", resuena un eco de los efectos de las innumerables pequeñas y grandes hostilidades que existieron en un tiempo entre ciudades y príncipes; algo de la furia impotente de los burgueses indefensos contra los caballeros, que, por su parte, despreciando el "saco de pimienta", lo explotaban y, en ocasiones, lo "volcaban" y saqueaban.

En esas luchas de los antiguos tiempos, las fuerzas y

las armas eran dispares, tanto que no podían llegar a una clara decisión. Mientras los príncipes eran, sin duda, militarmente superiores, las ciudades a su vez lo eran financieramente. Más y más, es decir, cuanto más se desarrolla la vida económica por la creciente civilización, crece la riqueza en las ciudades.

Desde fines del siglo XIII, Alemania se convierte en el país de las ciudades, de la industria y del comercio, donde el dinero se acumula en manos de los burgueses, mientras que la nobleza en masa se empobrece cada vez más. Se crea así una situación que no se puede considerar natural: el poderío político y el económico se hallan separados uno de otro y se enfrentan hostiles; ninguno de los dos está en condiciones de doblegar al otro y de fundirse con él.

Quien deseara tal vez para la burguesía la victoria en este conflicto —hemos visto ya que eso era imposible, pero vale la pena insistir sobre esta fantasía—, difícilmente acertaría lo justo para una evolución feliz. Se puede prescindir de la posibilidad y del alcance de la capacidad de la burguesía de las ciudades para la dirección de un estado más grande. Bajo todos los aspectos esa burguesía de los últimos años de la Edad Media era poco apta para dirigir a la nación alemana. Hemos dicho ya que carecía de miras amplias, mucho más que su rival. El burgués no es solamente burgués, sino pequeño burgués. Hasta las grandes ciudades de esa época son en realidad pequeñas —se calculan para las grandes unos 20.000 habitantes, así que la ciudad actual de Tubinga, en el concepto de aquel entonces, hubiera sido toda una gran ciudad— y el horizonte de los hombres que pasan su vida en una comunidad de 10 a 20 mil cabezas se cierra al mundo exterior con gruesas murallas, altas torres y estrechas puertas, que manifiestan claramente cómo la base colectiva es el miedo; netamente

distinto en costumbres y concepción de vida, casi una excepción a la regla, el horizonte de esa gente puede ser solamente reducido y su pensar y su sentir será todo menos grande y audaz. Los largos viajes que se imponían a uno u otro en su calidad de comerciante no podían salvar más que en parte esa deficiencia: permanecía siendo siempre de corazón, voluntad y aspiración, un pequeño burgués. Solamente muy tarde, hacia 1500, esa estrechez pequeño-burguesa es vencida acá y allá, pero se trata siempre de pocos casos individuales que lo logran, como los Fugger y los Welser, cuyo horizonte comercial abraza el mundo. Pero precisamente, "sólo" su horizonte mercantil; el político no coincide en nada con él. Sorprende en forma extraordinaria cuán mezquinamente piensan y juzgan los problemas políticos estos grandes señores del mundo comercial de fines del siglo XV y principios del XVI. Se busca inútilmente entre ellos a un Jacques Coeur, el gran comerciante de Bourges, que financió durante el gobierno de Carlos VII la campaña de liberación de Francia contra Inglaterra. Piensan en sí y, a lo sumo, también en su ciudad. El emperador es su amigo porque hacen con él buenos negocios. El Reich, la nación, no parecen existir para ellos. Y éstos eran los más grandes y los mejores, las excepciones a la regla común y, por lo mismo, no eran muy queridos en su patria.

Todo esto contribuye a completar el cuadro. La desgraciada disposición que fué siempre propia del pueblo alemán en su inclinación a preferir lo individual, lo propio, lo particular a expensas de lo general, de lo común, de lo colectivo, halló el alimento más apropiado en los escombros del Reich con la formación del pequeño estado. Hubiera podido y debido ser vencida por el estado y por sus problemas y necesidades; más todo lo contrario, fué aumentada preci-

samente por él de una manera harto fatal. El alemán mismo se torna estrecho y pequeño, por la pequeñez de las condiciones públicas en que debe vivir y moverse. Y al faltar el rasgo grandioso en la vida de la nación faltan asimismo los grandes caracteres y las magnas aspiraciones.

Desagradable espectáculo este círculo vicioso, en el que la desgraciada disposición del carácter del pueblo origina una equivocada organización del Estado y las desafortunadas formas de éste aumentan y eternizan a su vez los errores innatos del carácter de aquél.

Pero "el mundo está lleno de contradicciones". También este cuadro tiene, felizmente, un reverso totalmente distinto. Este mismo período, del que, hasta ahora, hemos podido citar muy poco de elevado, y que ha creado al pequeño estado y al pequeño burgués alemanes, dió al mismo tiempo al pueblo alemán su más vasta extensión en el espacio y la conquista de un prestigio y de una influencia que siguieron subsistiendo por mucho tiempo y actúan hoy todavía; conquistas de valor permanente y duradero y, por esta misma razón, de mayor importancia histórica que el brillante despliegue de poder de la época imperial.